

Pedid para obsequiarla sus mas vistosas galas,
 Su perfume mas rico á la gallarda flor.
 Seguidla sin desviaros. Que su lumbre encendida
 Circuya para siempre vuestra modesta sien.
 Sois el sueño encantado de la patria querida;
 La esperanza mas firme del Estado tambien.
 Jóvenes, adelante; que ya la gloria os teje
 Bellísima guirnalda de rosas y laurel.
 Que vuestra frente altiva con claridad refleje
 De la divina ciencia el limpio rosicler.

J. G.

A LOS ALUMNOS DEL LICEO CATOLICO,

EN TESTIMONIO DE APRECIO.

No me extrañéis, que agradecido vengo
 Porque el cariño fraternal nos liga,
 Jóvenes dignos. Para mí qué grato
 Tañer seria el instrumento dulce,
 Mi lira; el insonoro verso suelto
 Que apenas formo, abandonando. Libre
 Mi voz alzara en melodiosos himnos
 Que trascendiendo á lo alto, por el eter
 Blando, veloces fueran sus brillantes
 Notas en loor de la ciencia diva.

Estas paredes, venturoso nido
 De mi infantil saber, aqueso techo
 Resonarian con mi cadencia tosca
 Cual siempre fué; mas espontánea, pura,
 Al descubrir, de la verdad sonriente
 La bella faz. Halagador recuerdo.....
 ¡Cómo lo invoca dolorida el alma!
 ¡Cómo mi pecho con afán lo acoge.....!!
 Dejad....., dejad que la memoria acuda.....
 Si no me es dado como á vos, felices
 Jóvenes, asistir en tanta fiesta,
 Con los ensueños del saber; al ménos,
 Dejad salude la modesta aula:
 Y una vez más el magistral sonido,
 Cual cuerda herida de laud, escuche
 De nuevo. Vibre la palabra suave
 Que despertó mi inteligencia débil
 Como despierta al maternal reclamo
 Gracioso niño. La mirada absorta,
 Inmóvil, mudo; el corazón latiendo
 Con sublime emoción; viérame entonces,
 De la verdad por bienhechor empuje,
 Ledo y mas ledo, en incansable viaje
 La tierra recorrer, el mar salobre,
 Sus salones riquísimos: abiertos
 Por sabios mil á exposición perenne.
 Yo contemplé con estupor y gozo
 Al bravo Cook en los desiertos hielos,
 Al grande Humboldt en la enhiesta cumbre

De nuestros montes; satisfecha el alma
 Yo ví á Cubier recomponer el fócil
 En las cavernas que horadó la ciencia.
 Y dentro el lecho de ignorado río,
 Y dentro el hondo, primitivo suelo,
 Viera surgir vivísimos fulgores
 Que coronaron de brillante auréola
 Al inmortal historiador del Sina.
 Herschel y Newton, celebrado Secchi,
 Yo os ví también, allá por donde flotan
 Las nebulosas del sidéreo campo,
 En caravana ilustre por el éter
 Volar, cual vuelan los celages de oro,
 Para exclamar por tanta maravilla
 ¡Salve, Jehová! unísonos al himno
 Que el mundo sabio sin cesar entona
 En alta suspensión. ¡Cuánto les deben
 La juventud, la ciencia! ¡Que la oliva
 Fresca y lozana vuestra frente adorne,
 Inclitos génios, para siempre! El eco
 De vuestra voz inacabable suene;
 Y á la estudiosa juventud, los nombres
 De oro grabados en el grave muro
 Recuerden siempre la vigilia heróica
 Por el saber, en inmortales fastos
 Eternizada. Su gloriosa altura
 También á veces alcanzar yo quise;
 Pero sin pena del frustrado vuelo.
 —¡Porqué negar mi vanidoso alarde,

Si amante soy de lo que al alma eleva,
 Y me arrebató en la verdad lo bello?—
 Yo mismo aquí mis jóvenes amigos,
 Solí, vencida la lección difícil,
 Los breves ocios á inocente musa
 En tierno idilio consagrar sin pena.
 O bien, unido al entusiasta grupo,
 Me conmoví, de Palestrina y Mozart
 Con el orfeón y la plegaria flébil.
 Tal vez así, ya desgramado el surco,
 En muelle trébol reclinado, canta
 El fatigado labrador, la sombra
 Fresca gozando de los mirtos rojos,
 ¡Oh cómo entonces renovado el brio,
 En este, ahora, pavimento regio,
 Enajenado discurrí sereno:
 Cuando mis ojos sin fijarse en torno
 De mí, seguían irresistible el rayo
 Deslumbrador que del ojeado libro
 En incesante fulgurar brotaba.
 Aquí mi origen comprendí y el grande
 Postrer destino de mi ser: y nunca
 Mas alta cima columbró mi mente
 Que al alto Dios, en la esplendente esfera,
 Que entonces ví de magestad cubierto
 Sobre las nubes irizadas. Vile
 Astros regar en la desierta nada
 Con profusión; y en preferido globo
 De inmensas aguas y pintadas islas

Sembrar la rosa, madre selva y dalia,
 Y suelta dar al trinador del bosque
 Para en un trono de granito y musgo
 Rey proclamar del universo, al hombre.

Bendije entonces derramando lágrimas
 A nuestro Dios que cariñoso quiso
 Dar á la nada paraíso y cetro.

También lloré la autonomía perdida
 Y yo besé, sin murmurar, la mano
 Que en santa ira nos trocó la rosa
 En despiadado cardo. Nunca vino
 Con su veneno para mí la duda.

Porque si, amables, del saber un dejo
 Me concedéis, que el corazón no envidia,
 Y he de expresar cuanto mi pecho anhela,
 La fé sencilla que encendió mi madre
 Dentro mi seno cuando ~~ya~~ era niño,
 No pudo aquí palidecer, no pudo;
 Que mas su llama engrandecieron, santa
 La fé de Cristo y la razón unidas.

¡Oh si la patria, de tan limpios faros
 Hubiese visto su fulgor un día!
 La proa no desorientado hubiese
 No tremolara su pendón sin honra
 En roto mástil de averiado buque.
 Sí, vedla! lucha....., pero en vano lucha,
 Sin el pasado que arrojó en él cieno;
 Sin el presente porque el humo es nada;

Sin porvenir porque el candente fluido
 De los volcanes infecunda el valle.
 ¿Dudais acaso de la justa queja?
 ¿No ois, no ois el redoblado golpe
 Que á la moral y nuestra fé derrumba?
 ¿En vez de Gante, y bienhechor Las Casas,
 No véis que se entra el novelista impuro
 Del casto hogar en la escondida estancia?
 No oís, sin freno, el vocerío insolente
 De la Academia, la Tribuna y Foro
 Reproduciendo ó remedando ¡infames!
 La voz de Darwin de Litré y de Bückner?
 ¿Qué importan, ay, al baladí sofista
 Las lamentables presas del suicidio,
 Harto lloradas; animosos antes,
 Tantos pechos sin fuego, sin colores
 Su cielo; y qué, si entre la turba estalla
 La bomba oculta de infernal comuna?

No inmutará ese panorama horrible
 De tanta sangre y doloridas quejas
 Al ser que lleva el corazón helado,
 Sin fé, sin luz, sin esperanza, solo
 De rabia lleno. Jactancioso afirma
 Que ya es inútil á la ciencia el dogma,
 Que dá las gracias á Jehová; que ofrece
 Flores al yo, á la HUMANIDAD, al Cósmos;
 Y que el soñado inteligente aliento
 Del Dios de Israel, es miserable guija,
 Yerba tal vez, ó cuadrumano imbécil.

¡Fuese mentira lo que á mi alma oprime!
 Mas, ¡ay! yo mismo á mexicano vate,
 “La ciencia es hoy la religion del hombre
 Y el hombre el sacerdote de la idea,”
 Oí exclamar. ¡Infortunado suelo!
 El nombre callaré de los que ultrajan
 Las venerables canas, los benditos
 Restos de ayer..... Inoportuno acaso
 Se abrió mi labio; mas el alma herida
 No contenerla pude, no, que el fuego
 Patrio, en el pecho, inextinguible arde.

Yo quise ameno engalanar un cuadro
 Con las reliquias del pasado mio;
 Quise alentar en numeroso metro
 Vuestra fatiga noble; deseaba
 El entusiasmo prevenir, el himno;
 Y fueron gritos de dolor y quejas
 Desordenadas que exhalé tan solo.....

Ya vuestra sien, de merecido lauro
 Ceñida presto por la mano ilustre,
 Ostentareis con dignidad. En tanto
 Del claro nimbo en do perenne oscila
 Lumbre eternal, que lluvia sonora
 En luz os bañe, es mi postrero voto.

Parto de aquí cual vine agradecido:
 Ave viagera el torreón saludo
 Año por año. ¡Plácida esperanza!
 Tras pocos lustros, si la parca pia
 Con paso tardo á mi recinto llega,

Vendré á la fiesta renovada entonces,
 Escucharé vuestra sentida estrofa;
 Y á los aplausos que escuchéis sonoros
 De la preclara juventud del siglo
 Nuevo, mis manos juntarán los suyos.
 ¡Adios, oh juventud! ¡aulas ilustres!
 ¡Adios, tú, sitio y los felices días
 Que aquí gocé de mi existencia breve!
 No volveréis, como á la mansa orilla
 El buque hundido en ignoradas ondas.
 Fuísteis cual vegas que secó el estio,
 Ricos viñedos que arruinó el granizo;
 Pero me queda incorruptible el fruto,
 Y guardo avaro el recogido aroma
 Que en este asilo regalóme el cielo.
 Y no me turba el porvenir, si viene
 Y me persigue aterrador, acerbas
 Penas trayendo, lágrimas y luto;
 Porque al arrimo de estos muros caros
 Sólida paz al corazon le dieron
 La FÉ de CRISTO y la RAZON unidas.

1885.



LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA,



